

REVISTA DE LIBROS

JOSEPH S. BERLINER: *Soviet Economic Aid. A background book.* The Bodley Head, London, 1960, 63 páginas, 6 s.

Un fenómeno que indudablemente interesa al estudioso del mundo soviético es que sus cifras de nivel de vida son bastante más bajas que las de las naciones occidentales más importantes. Pero, al propio tiempo, en las naciones subdesarrolladas, los ingenieros, los capitales, los bienes de consumo que proceden del mundo comunista tienen un peso cada vez mayor.

Cuando estudié en esta misma revista, en el número 29, septiembre-diciembre de 1961, el plan septenal soviético actualmente en funcionamiento, destacaban de qué forma el comercio exterior de la U. R. S. S. se orientaría en un próximo futuro fundamentalmente no sólo hacia el bloque comunista, sino hacia los países más atrasados. Gracias a la obra de BERLINER —folleto reducido de otra más amplia—, es posible adentrarnos más en torno a esta cuestión. No existe una nación occidental que no se vea afectada por el problema. Lo que se suele denominar países subdesarrollados han sido colonias —hasta los siglos XIX y XX— de los países de Occidente. En este sentido, como consecuencia de toda una serie de engarces económicos heredados, son para los mismos fuentes de materias primas in-

dustriales —del caucho o la lana al petróleo—, de alimentos —productos grasos, azúcar, trigo, carne—, mercado para sus producciones industriales y sitio de asentamiento para sus capitales sobrantes: Kenia u Honduras, por ejemplo.

Como consecuencia de esto, la política económica de estos países acababa condicionando su política general. Cuba habría de vender su azúcar a los Estados Unidos, Argentina su carne a Gran Bretaña, Senegal su cacahuate a Francia, o, en nuestro mínimo caso, Marruecos su mineral de hierro a España o a través de España. El juego de alianzas derivado se convertía en una fabulosa arma de poder político para Occidente. Esta situación era aún la corriente, señala BERLINER, en 1955 (pág. 7). En la actualidad todo se ha alterado.

Egipto construye su primer reactor atómico con ayuda soviética. Afganistán, su red de carreteras gracias al apoyo técnico y de capitales de la misma procedencia. Camboya recibe de la República Popular China fábricas de cementos, instalaciones textiles. Ceilán, fábricas de azúcar y cemento checas. Cuba, según datos bien recientes, ha cambiado totalmente el signo de sus trans-

acciones económicas (1). Nos hallamos, pues, en un momento clave de la estructura económica mundial. Las cifras de estudiantes técnicos extranjeros en la U. R. S. S. crecen vertiginosamente. Los países subdesarrollados parece pueden optar por la ayuda occidental o la comunista. Conviene, pues, tratar de otear el futuro. Esto es, saber si este proceso cada vez se acelerará más, o bien que ya se está aproximando a la asíntota.

En este sentido, BERLINER diseña en las páginas 10-16 el cambio radical de la política exterior soviética —una de cuyas partes, según la *Gran Enciclopedia Soviética*, es “la política comercial exterior”— habido entre 1939 y 1960. En 1939, la Unión Soviética era un país aislado. Su diplomacia procuró, para conseguir la supervivencia del país, profundizar las tres fundamentales contradicciones del mundo capitalista, de acuerdo con el modelo marxista: 1) El conflicto de clases dentro de cada país; de aquí su apoyo a cada Sección Nacional de la Internacional Comunista. 2) Los conflictos entre los diversos países capitalistas para dominar los mercados mundiales; de aquí su variada política de alianzas, que alcanzaron su culminación en el Pacto Germanosoviético de 1939. 3) Los conflictos entre las metrópolis y las colonias; la U. R. S. S. procura siempre colocarse al lado de estas últimas.

La victoria de 1945 atrajo hacia el mundo comunista toda una pléyade de Estados. La U. R. S. S. ya no se encontraba sola, e incluso pensó —recon-

demos las explícitas palabras de Stalin en su obra *Problemas Económicos del Socialismo en la U. R. S. S.*, publicada un año antes de su muerte— en que llegaría un día en que el bloque comunista de naciones “no necesitaría importar nada de los países capitalistas”. Los acontecimientos alteraron bastante esta profecía.

Por un lado, las vinculaciones económicas U. R. S. S. —países de democracia popular, tanto a través del manejo de precios y cupos de exportación e importación como de la existencia de capitales soviéticos invertidos en los mismos, así como de técnicos enviados, acabó originando un doble impacto. En primer término, una serie de contradicciones en el bloque comunista, la más aparatosa de las cuales fue la de Yugoslavia, y más recientemente, el *substratum* de la revolución húngara. A esta cuestión, a la que no alude BERLINER, podría añadirse otra, que ya registra esta obra (págs. 12-13): que las exportaciones de equipo capital y la ayuda técnica alteraron la manera de pensar del equipo planificador soviético. “Las relaciones económicas con el bloque comunista pavimentaron psicológicamente el camino para el nuevo programa de ayuda a los países subdesarrollados no comunistas” (pág. 13).

Pero el movimiento de independencia de las zonas coloniales se aceleró a partir de 1945. En principio, la U. R. S. S. apoyó a todos los grupos independentistas —comunistas y nacionalistas—; mas a partir de la declaración de la Cominform de 1947, la U. R. S. S., en cada país que alcanzaba la independencia, pasaba a apoyar fuertemente al Partido Comunista Local, procurando derrocar, sobre todo por la fuerza, a los movimientos nacionalis-

(1) Cfr. Jorge Freyre, “La supeditación del comercio exterior de Cuba al Bloque soviético”, suplemento del número 55, septiembre 1961, de *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*.

tas que detentaban el Poder. Se acusó a éstos de títeres del capitalismo y de traidores a su pueblo. En el período 1950-1953 se observó una clara desviación de esta línea en los Partidos comunistas de India e Indonesia. En Malasia, los comunistas rebeldes fueron prácticamente aniquilados. En China, Corea del Norte y Viet-Nam del Norte triunfaron. A partir de 1955, ante la vigorosa réplica occidental, la política soviética ha sido la de apoyar resueltamente a los grupos nacionalistas en el Poder, sea en Marruecos, Egipto, India o Ghana.

Con el auge de la Renta Nacional soviética, a partir de 1955 se pasó a una política activa de ofrecimiento de ayuda real, superando anteriores períodos en que —como ocurrió con el Punto Cuarto de Truman o el Programa de Ayuda Técnica de las Naciones Unidas en 1948— lo que se había hecho era criticar estos programas como “pantallas del imperialismo occidental”. Desde Kruschef a Menchikof —antiguo ministro de Comercio Exterior, que pasó a embajador en la India—, Pervujin y Saburof —cabezas del Gosplan—, la Unión Soviética se embarcó por el camino de la ayuda económica a los países subdesarrollados. Ante éstos se desarrolló un cuadro difícilmente criticable: la Unión Soviética iba a apoyarles en su recién adquirida independencia, iba a procurar que tuviesen un rápido ritmo de desarrollo y finalmente que el mundo se mantuviese en paz, lo que ofrecería a las nuevas naciones mayores facilidades para crecer y prosperar (págs. 16-18).

De esta forma las tradicionales relaciones Occidente-zonas subdesarrolladas han resultado alteradas fundamentalmente. BERLINER aduce los casos de Siria,

Egipto, Pakistán, Birmania, Ceilán, Islandia, Afganistán, Argentina y la Unión India. La política de suministro de armas, los errores en la política comercial, las proliferas discusiones de las agencias de ayuda de los Estados Unidos, son pivotes esenciales para la penetración económica soviética (págs. 19-22).

Una cuestión se alza, sin embargo. Los occidentales ayudan a estos países subdesarrollados para que no caigan en el comunismo. ¿Es que abandona la Unión Soviética, al ayudarlos a veces simultáneamente, el camino de procurar el establecimiento de comunismo a escala mundial? Un artículo de L. FITUNI titulado *Ayuda económica a los países subdesarrollados*, publicado en 1953 en *Voprosi Ekonomiki*, y otro de V. VASILIEVA —*Desarrollo económico colonial durante la segunda guerra mundial*—, editado en 1947 en la revista desaparecida *Mirovoe joziaistvo i mirovaia politika*, centran bien la cuestión. Dentro del modelo marxista del desarrollo económico, el que éste se verifique engendra las fuerzas que encaminan hacia el socialismo. La Unión Soviética hace bien, pues, en duplicar la ayuda que de los occidentales reciben los países atrasados, aparte del clima de simpatía que engendra una ayuda bien planeada políticamente. En este sentido estamos de acuerdo con BERLINER (pág. 30), que “desde un punto de vista general, es erróneo pensar que los programas de ayuda económica forman parte importante del programa de espionaje y subversión de la U. R. S. S.”. No queremos decir que la U. R. S. S. abandone estas técnicas de penetración, pero que tienen más de tácticas que de estratégicas. La historia del mundo da la razón a los políticos estrategas frente a los meramente tácticos.

RESEÑA DE LIBROS

En este sentido tiene un alto interés la estimación que BERLINER efectúa (págs. 31-36) de la cuantía de la ayuda crediticia del bloque soviético a los países subdesarrollados en el período 1953-57. Por años —y el cambio en

1955 es palpable—, la cuantía de la ayuda crediticia evolucionó así, en millones de dólares de los Estados Unidos, y sin tener en cuenta la ayuda militar ni la técnica:

<i>País origen del crédito</i>	1953	1954	1955	1956	1957	<i>Total</i> 1953-57
Unión Soviética	5	10	137	713	362	1.227
Otros países del bloque	1	5	52	247	49	354
<i>Total</i>	6	15	189	960	411	1.581

Por países que entregan y reciben los préstamos, el cuadro es el siguiente para el mismo período:

<i>Prestamistas</i>	<i>Valor</i> (en millones de \$)	<i>Porcentaje</i>
Unión Soviética ...	1.227	78
Checoslovaquia ...	176	11
Rep. Dem. Alemana	103	6
Rep. Pop. China ...	58	4
Hungría	7	
Polonia	7	1
Rumania	3	
<i>Total</i>	1.581	100

<i>Receptores</i>	<i>Valor</i> (en millones de \$)	<i>Porcentaje</i>
Yugoslavia	444	28
Unión India	362	23
Egipto	213	14
Siria	184	12
Afganistán	115	7
Indonesia	113	7
Ceilan	26	
Cambodia	22	
Birmania	22	
Turquía	22	

<i>Receptores</i>	<i>Valor</i> (en millones de \$)	<i>Porcentaje</i>
Argentina	21	9
Paraguay	15	
Negal	13	
Sudán	5	
Libano	2	
Yemen	2	
<i>Total</i>	1.581	100

Se observa, en primer lugar, la alta concentración en los países prestamistas y receptores de créditos. También que el proceso, en principio, parece que tiende a acelerarse. Entre el 1 de enero de 1958 y 31 de agosto de 1959, los nuevos créditos concedidos eran del orden de otros 1.000 millones de dólares, con también una alta concentración: el 75 por 100 se centraba en la Unión India, el Irak, Argentina y Egipto (para la presa de Assuán). Sin embargo, la cancelación de créditos a Yugoslavia produce una notable baja en las cifras reales verdaderamente utilizadas. Por eso, la cumbre de 1956 parece seguir siendo casi un Himalaya para el aparato financiero soviético. Por otra parte, las entregas reales, aunque existen muchas dificultades para conocerlas, difieren

mucho de los créditos concedidos. Una estimación de BERLINER (pág. 35), lleva a la conclusión de que el 1 de enero de 1958 estaban pendientes de empleo —por vincularse a proyectos a largo plazo— de 900 a 1.100 millones de dólares en la Unión Soviética y de 175 a 215 en los países del bloque comunista, lo que hace un total de 1.075 a 1.315 millones. Lo realmente entregado, esto es, el esfuerzo exigido a la estructura económica soviética, es pues, ciertamente escaso. Este tamaño mínimo se acusa más cuando al contemplar las entregas reales para el período 1954-1957 nos encontramos que las de la Unión Soviética oscilan entre 158 y 207 millones de dólares, y las del resto de los países del bloque comunista, entre 135 y 185 millones de dólares, esto es, que el esfuerzo ha sido casi igual por las dos partes, aunque las promesas varían en favor de la Unión Soviética, como ya hemos indicado. Por eso, este país aún no sabe lo que es soportar un volumen importante de ayuda al exterior.

Por eso, al comparar las cifras de ayuda comunista y occidental de todos los modos posibles —págs. 38-40—, Berliner tiene que convenir que no puede considerarse “seriamente la posibilidad de que la ayuda económica del bloque soviético pueda aproximarse al volumen total de la ayuda occidental en un futuro previsible”. Sólo mediante una más fuerte concentración en unos pocos puntos, y con un manejo político más oportuno, puede, de la escasa ayuda soviética, obtenerse algún fruto sustancial para el bloque comunista.

También tiene algún interés el conocer el papel que puede jugar el comercio exterior soviético. Este se divi-

de en tres ramas principales: 1) Con el bloque comunista algunas de cuyas características hemos analizado ya. Por eso, para escapar del pesado yugo del control de la URSS, los países del bloque tienen tendencia a procurar incrementar su tráfico con los países subdesarrollados (pág. 41); 2) Con los países occidentales. Se trata de un comercio sumamente reducido y de escasas posibilidades. Recordemos, por ejemplo, como Peter Schmakov, presidente de la Amtorg Trading Corporation, explicó en su *Trade relations between the U. S. S. R. and the U. S.* que es la Amtorg, y la evolución del comercio entre los dos países, con un despliegue de escuálidas cifras y amplias discriminaciones (2); 3) Con los países subdesarrollados. Las informaciones que se poseen indican de acuerdo con Gardiner (págs. 41-44) que poco se puede esperar en este sentido.

¿Es, por lo tanto, un programa de ayuda al exterior de tipo norteamericano intolerable para la economía soviética? Si miramos las cifras del Producto Nacional Bruto, parece decirnos que tal esfuerzo es tolerable, pero las cosas se complican cuando se observa qué es lo que desean los países subdesarrollados. Si tenemos en cuenta que un programa de tipo norteamericano requiere del 17 al 35 por 100 del incremento anual de la producción soviética de maquinaria, comprendemos que el sacrificio puede ser inalcanzable.

El folleto termina con un análisis de por qué es atractiva la ayuda soviética

(2) En *American business looks abroad*, proceedings de la 19 conferencia anual de la *Stanford Business Conference*, ed. por Robert E. Mangan, Graduate School of Business, Stanford University, Stanford, 1961, págs. 104-108.

a los países subdesarrollados, y cómo puede jugar la política económica occidental en función de la misma. Esta posee aún muchas bazas, y si sabe jugarlas con habilidad y oportunidad, la

ayuda comunista puede acabar representando muy poco dentro del marco de la estructura económica mundial.

Juan VELARDE FUERTES

MANUEL TUÑÓN DE LARA: *La España del siglo XIX (1808-1914)*, Club del Libro Español, París, 1961; impreso en Tipografía Moderna, Valencia, 1960; 360 págs.

La presencia en las librerías españolas de esta obra de Tuñón de Lara, siempre sería digna de destacarse. Pero el comentarla en la REVISTA DE ECONOMÍA POLÍTICA, creo merece alguna puntualización.

Cuando adquirí este libro, pensé que compraba uno más, y por moderno especialmente interesante. Así posiblemente se me aclararía algún punto histórico del siglo XIX que, como necesario complemento, preciso para mi especialización en torno a los problemas de la estructura económica de España.

Cuál no sería mi sorpresa y alegría, comprobando, al comenzar la lectura de la obra, en los propios inicios del capítulo I, que lo que el autor pretendía proporcionar era nada menos que la explicación socioeconómica de la historia española en el siglo XIX, certeramente acotada entre estas dos fechas: 1808 y 1914. En este sentido es en el que creo necesario efectuar su crítica como economista.

Posiblemente es preciso adelantar un juicio que justificaremos después: es tal el conjunto de opiniones valiosas y falsas que se entremezclan en el libro, que pocas veces se precisa de una pre-

sentación crítica como en el momento presente.

En primer lugar, hay que destacar que la obra de Tuñón de Lara es marxista. Quizá en él prepondere algo la tendencia desviacionista en cuanto a la interpretación marxista de la historia que marcó Engels sobre la tumba de Marx. Pero dejando aparte esta cuestión, cuya discusión nos llevaría muy lejos, lo que es indudable es que en el libro que comentamos, pretende ofrecérsenos, dentro de la dialéctica marxista, la explicación de la historia de España en el siglo XIX. Cuando se inicia esto —y repito que no es más allá de las páginas 7-8— se inaugura también una mezcla de informaciones valiosas, discutibles y deleznable, que conviene cribar.

Creo que conviene empezar por lo valioso de la obra. En primer lugar destacaría el propio intento del autor. El puro análisis marxista está tan desacreditado entre la ortodoxia económica que es simpático el ver romper una lanza por él. Claro que, después de leer esta obra, comprobamos que la lanza bien pronto se quiebra una vez más. El paladín no logra intimidar lo más mínimo al que pretende compren-

dar la historia de España sin abandonar el camino real de su contraste con las aportaciones de los grandes teóricos. Por supuesto estoy dispuesto a incluir entre ellos a Marx pero no sólo a Marx, ni mucho menos. La ruta inconveniente es otra, desde luego, y bien diferente a la que se sigue en este volumen.

En segundo término, dado que el autor vive inmerso en una especie de agromanía —luego veremos los límites de la misma—, es de elogiar la gran cantidad de información que sintetiza en este sentido. La bibliografía ofrece algunas novedades —para mí al menos—, como por ejemplo la obra de Casimir Delamaire, “La province d’Almerie économique et sociale”, editada en París en 1869; la de René Jupin, “La question agraire en Andalousie”, París 1932; la de Marco-Antonio, “Le socialisme en Espagne”, en el tomo II de “Le mouvement socialiste”, París, 1903; la de Amaro del Rosal, “Los Congresos obreros internacionales en el siglo XIX”, México 1958, o la de Gastón Routier, “L’Espagne en 1897”, París, 1897. Estas novedades bibliográficas quedan paliadas por los enormes huecos que se ofrecen en castellano en francés y en otras lenguas. Destaquemos que parece que castellano, catalán y francés son los idiomas que manipula Tuñón de Lara. Alguna obra de inglés o alemán no hubiera estado de más consultar, e incluso en los que él maneja, mencionaremos, por vía de ejemplo, tres ensayos de imprescindible consulta, entre mil otros, y sólo sobre el tema agrario: en castellano, “Sobre una dirección fundamental de la producción rural española” del profesor Flores de Lemus; en catalán, “El problema del blat a Espanya”, por

Josep M. Vila en la “Revista de Catalunya”; en francés, el artículo de Fernando de los Ríos en la “Revue Internationale du Travail”.

Nada de Flores de Lemus, nada de Bernis, nada de Perpiñá Grau, nada de Bernaldo de Quirós, nada de Bermúdez Cañete. Todo esto son olvidos imperdonables si se quiere abordar nada menos que el análisis del papel que juega la producción rural en el marco histórico espacial.

Lo económico explica muchas cosas, desde luego, sin necesidad de caer en el marxismo. Pero a veces se acierta y otras no. Creo, por ejemplo, que está bien visto el que la difusión de las ideas liberales partiese de las zonas periféricas entre otras cosas, “por las exigencias del desarrollo material del país, más acusadas en las ciudades del litoral, cuyo comercio e industria se habían desarrollado en los años precedentes a la guerra (de la Independencia)” (pág. 11), repetido en la 19, en cierto sentido en la 22, al referirse a la abolición de gremios o libertad de la industria, y en las 29-30, 35 y 46, con las contradicciones Cádiz-Cataluña, y 53.

También resulta muy interesante el análisis de las causas y consecuencias económicas de la de la Independencia de América (págs. 18, 23, 24, 26, 40, 49-50, 51, 127-128, 135 —particularmente confusa y creo que equivocada—, 182-184, 231-235 y 293), donde estudia cómo de acuerdo con Carlos Cardó, canónigo, autor de una *Histoire spirituelle des Espagnes*, editada en París en 1946, “la reacción provocada en Cataluña por esta catástrofe (se refiere a la pérdida de las colonias), se tradujo, sobre todo, por la entrada en la *Lliga Regionalista*, de la mayoría de los elementos industriales, animados por el

deseo de resarcirse de la pérdida de los mercados de ultramar”.

Del mismo modo que el estudio del anticlericalismo, como válvula de escape, creada por la burguesía para que la clase obrera lanzase su irritación sobre instituciones bastante ajenas a las causantes inmediatas de sus males: páginas 63, 257 —sobre el papel del pintoresco Nakens, director de *El País*— y 289. Sin embargo, no dice nada del juego en el mismo sentido del antimilitarismo. Precisamente cae en él Tuñón de Lara en la página 281, cuando de forma más que pintoresca une el conservadurismo de “la tradicional estructura agraria del país” con “la guerra de Marruecos y el amor a los desfiles militares...”. Son conexiones impropias de un socialismo científico. Del mismo modo, es digno de elogio el esquema de la evolución de nuestra historia económica. Se inicia con el panorama existente a principios del XIX: fundamental la riqueza agrícola, controlada por unas pocas manos. Continúa con el impacto de la Guerra de la Independencia; la legislación pro-burguesa y liberal de las Cortes de Cádiz —abolición de señoríos territoriales, eliminación de gremios y secularización de los bienes de las órdenes religiosas; se dice algo sobre el papel que juega la francmasonería en conexión con el naciente capitalismo— cuestión que bien merece una detallada y seria investigación, aun en unos inicios, como lo prueba un interesantísimo y reciente ensayo de Manuel Fernández Alvarez. Se estudian las consecuencias de la sublevación de Riego, con apostillas sobre el desarrollo financiero de mucho interés —páginas. 34 y 35—; se considera la restauración del absolutismo, en donde, no sé si voluntariamen-

te o no, se muestra visiblemente parcial —el consultar un ensayo del profesor Carande le hubiera sido de mucha utilidad—; pasa a contemplarse el desarrollo económico catalán y de una serie de zonas urbanas conectadas con la industria y el comercio —caso este último de Madrid—; se observa el comienzo de las perturbaciones sociales y el bajo nivel de vida de nuestro proletariado; se escribe ampliamente sobre la desamortización, aunque no profundiza, en mi opinión lo suficiente para aclarar las causas profundas del cambio de Roma ante este fenómeno y en torno a la cual no llega, sin embargo, a la espléndida síntesis que, tomando como punto de arranque a Flórez Estrada y el trabajo de Martínez Cachero sobre este insigne asturiano, ha efectuado en esta misma revista José Luis Ugarte; se dan datos acerca de la aceleración de nuestro desarrollo económico a partir de la regencia de Espartero, con la colateral tensión que parte de Cataluña, y el juego alternado de influencias capitalistas Francia-Gran Bretaña, dentro del cual hay que encuadrar la entrega de pasaportes al embajador británico Bulwer; comienza a plantearse la progresiva vinculación de Cataluña, por causas económicas, a la dirección de la política española, desde Pascual Madoz —“estrechamente ligada con los industriales catalanes” (página 99)— a Prim, página 164: “Los industriales catalanes, amenazados por el librecambismo, no ocultaron su oposición. Al plantearse su cuestión en Cortes —el Manual Figuerola— todos los diputados catalanes hicieron bloque desde los republicanos de izquierda como Pi hasta conservadores como Puig y Llagostera, pasando naturalmente por los progresistas Madoz y Balaguer, que

de antaño venían defendiendo la burguesía del Principado. El debate tomó proporciones dramáticas: Figuerola insultó a Llagostera y entonces se dio el caso insólito —y aleccionador— de ver a Prim, Presidente del Consejo, desolidarizarse de su ministro de Hacienda para defender a los industriales catalanes. Figuerola se levantó violentamente del “banco azul”. Se continúa estudiando a la Lliga Regionalista con Cambó, aunque los beneficios que obtienen los textiles catalanes son de imposible deducción de este asombroso párrafo de Tuñón de Lara (pág. 104): “Garrido señala la cifra de 1.237 millones de reales como valor de la producción algodonera de 1861. Si ello es verdad y verdad también la cuantía de capital invertido, según los fabricantes (1.000 millones), los beneficios parecen exorbitantes”. También se puntualiza la llegada de capitales extranjeros, aunque las fuentes que maneja son escasas, y al no conocer todas las innumerables investigaciones modernas sobre inversiones del capitalismo privado en el exterior y desarrollo económico, el encuadre sea más que confuso. Se indica la importancia que tuvo el Decreto-ley estableciendo la peseta como unidad monetaria nacional —hecho que se escapa a alguna reciente, ambiciosa y voluminosa *Historia Social y económica de España*—, aunque el problema de la Unión Monetaria Latina subyacente no es ni tratado. Se alude a los manejos de ciertos capitalistas en pro de la subida al trono de Amadeo I (pág. 169). Detenida atención merece la evolución de las Internacionales en España, aunque sin llegar a las puntualizaciones de García Venero —a quien no cita— y que supera notablemente en su tratamiento a Tuñón de Lara, e incluso en

cordialidad hacia ciertas figuras, como la de Pablo Iglesias, *postpuesta en esta obra*, no entiendo bien por qué, ante la de Jaime Vera, intelectual marxista francamente medio. Se reconsidera la unión del caciquismo y latifundismo y así como la situación de éste al final del período que estudia. Se ofrecen algunos datos curiosos —por cierto que ni menciona los estudios de la *Comisión para la impresión de los impuestos de consumos*— sobre el nivel de vida de los proletarios a principios del siglo XX (páginas 282-287). Se aclara, una vez más (pág. 293), de acuerdo con Emilio G. Nadal, que el nacionalismo catalán y el vasco nacen en el seno de la burguesía industrial y financiera, pero así como profundiza algo más en el caso catalán, el vasco resulta absolutamente desdibujado, aunque bien merecería un estudio bastante más profundo. Del mismo modo se inicia sólo el planteamiento del juego que desarrolló el capitalismo internacional y nacional en torno al conflicto de Marruecos, pues no es suficiente una somera alusión al trust Mannesmann (pág. 301) a un artículo de Miguel Villanueva (pág. 308) y a los consocios internacionales (páginas 315 y 317-318). También es escasa la referencia a las conexiones del capitalismo con los partidos de la Restauración (págs. 304 y 322), de los que no acabaría escapando el Partido Socialista Obrero español, como es palpable en el caso del famoso monopolio del papel.

Estas son las cuestiones que he procurado presentar exhaustivamente, en las que cabe acuerdo con Tuñón de Lara. Después habría que destacar las dudas desde el punto de vista científico, esto es, posiblemente verdaderas, pero que requerían mayores puntualizaciones. Por orden de presentación en la obra,

mencionaremos la cifra de contrabandistas bajo Fernando VII (pág. 48); la esencial "diferencia de manera de concebir los negocios —a mediados del siglo XIX— entre los capitalistas de la Corte y los de los territorios más desarrollados de la periferia" (pág. 85); el juego inglés en torno a la reparación de las colonias, el dominio sobre las minas, los esfuerzos de Cobden contra el proteccionismo, y sus engarces con Mendizábal, Espartero y el progresismo (pág. 93); la raíz de la "Vicalvarada" encontrada en que en el período 1848-1854, sólo se benefician algunas camarillas, no el conjunto de las clases ricas (pág. 96); el que la nobleza terrateniente se pone de espaldas a los intereses de la burguesía industrial, esto es, pasa a reunir los intereses de Gran Bretaña (pág. 138); que en los años que preceden a la revolución de 1868, descubre Tuñón de Lara, dentro lógicamente de la dialéctica marxista, estas tres contradicciones: 1), grandes propietarios frente a campesinos y trabajadores agrícolas (jornaleros, gañanes, etcétera); 2), burguesía industrial y comercial de Cataluña y el país vasco frente a nobleza terrateniente que controlaba el aparato del Estado, y 3), burguesía frente a clase obrera, aunque esta última sea de modo naciente (página 148); que la muerte de Prim no es debida a los republicanos, o más concretamente, al grupo de Paúl y Angulo (página 169); que la Restauración mantiene "la vieja estructura agraria, tal y como quedó después de la desamortización", a la par que concede "primacía de lo agrario sobre lo industrial" (página 208), afirmación esta última que reputamos aventuradísima; que la conspiración de la Mano Negra fue "inventada", basándose en un texto alta-

mente discutible de Seignobos (página 212); que "es curioso —señala— la importancia que las organizaciones anarquistas tuvieron siempre en lugares como Cataluña, donde la pequeña industria dominaba a la gran industria, y el obrero personalizaba su acción de clase contra un patrón, persona física, conocida personalmente, a diferencia de los obreros de la gran industria, minería, etcétera" (página 242), frase que consideráramos podría arrojar alguna luz sobre la localización de los movimientos proletarios en España, si no existiese la preponderancia del socialismo en Madrid, también sin gran industria ni minería, finalmente, la Semana Sangrienta —es curioso no se emplee este nombre ya universal— se la desliga de Ferrer, con lo que su filiamento fue el de teórico, "cuya participación en los sucesos nunca pudo ser probada" (páginas 310-315). Repetimos que todas estas cuestiones polémicas creemos deberían haberse estudiado con más profundidad, pues su indudable interés en una obra científica, opino requeriría más puntualizaciones.

Llegamos, por fin, a la etapa de los errores. La obra de Tuñón de Lara, *leída con cuidado*, revela una vez más, que para escribir sobre economía hay que haber estudiado economía. Es corriente entre los aficionados creer que basta el buen sentido, el manejar algunas fuentes, y en este caso, además, unos textos marxistas, para poder llegar a alguna parte. El resultado suele ser un desaste. Del apartado *Bibliografía general consultada* (págs. 347-350), con el más amplio de los criterios, como se verá, de 137 obras, sólo se relacionan con la economía 55 —incluyo aquí incluso todas las que estudian los problemas sociales: por ejemplo, la de

Julián Zugazagoitia, *Pablo Iglesias*, Madrid 1935—, pero sus autores son éstos, citados por el orden alfabético que ofrece Tuñón de Lara: Acevedo, Alvarez Buylla, Argente, Benítez del Porral, Cambó, Canals, Canosa, Carre-ra Pujal, Ciges Aparicio, Costa, Delamarre, Díaz del Moral, Engels, Engels-Lafargue, Engels-Marx, Estasan, Flórez Estrada, Lequerica, Leret, Lorenzo (Anselmo), Marco-Antonio (seudónimo, claro), Martí, Marvaud, Marx, Miñano, Morato, Moreau de Jonnes, Nadal (Emilio G.), Quevedo (José), Ramos Oliveira, Ramos Pedreza, Reventós, Robert, Romanones (el conde de), Rosal, Rou-tier, Sánchez Ramos, Sardá, Thery, Vera, Vicens Vives, Villiamú y Zugazagoitia. Con decir que no cita ni a Jovellanos, entre los antiguos, ni a Flores de Le-mus, Bernis, Perpiñá, Olariaga y Bermúdez Cañete, entre los modernos, creo que para el especialista está todo dicho. Así se explica que cosas, que a un marxista le deberían preocupar tanto en cuanto *infraestructura* de la historia, como la reforma fiscal de Mon, se des-pachan, aunque parezca imposible, en la pág. 92 con este párrafo: "Mon, sim-plifica en 1845 la legislación de impues-tos reducidos a contribución territorial, contribución industrial y de comercio, consumos, registros y aduanas". A par-tir de aquí, salvo un par de más que ligeras referencias a los republicanos, frente a los consumos y al librecam-brismo, por lo que se refiere a las aduanas, un silencio completo. Claro que para saber cómo juega el aparato im-positivo en un país hay que haber con-sultado a alguien más que a Marx, En-gels y Lafargue.

Nada hablemos del comercio exte-rior. Como Tuñón de Lara no ha ma-nejado entre los economistas españoles

de prestigio a Valentín Andrés Alva-rez, no se ha enterado que todas las nu-merosísimas explicaciones que da sobre superávit y déficit de la balanza co-mercial, no tienen significación estadís-tica alguna, y, por lo tanto, tampoco las continuas consecuencias que de tales cifras extrae.

Por otra parte sigue la senda —que no sé quien les ha marcado— de otros teóricos del socialismo español, encabe-zados por Ramos Oliveira: la de ser hoy los defensores de los *Landes Hispaniae*. Ya pueden haber escrito lo que han escrito Emilio Huguet del Villar, Lucas Mellada, Dantín Cereceda, Hernández Pacheco, Leonardo Martín Echevarría. Nuestros marxistas se empeñan en que España posee un "enorme potencial ma-terial". Simplemente con que Tuñón de Lara hubiera leído de Unamuno algo más que *En torno al casticismo*, *La vida de Don Quijote y Sancho* y *El sentimiento trágico de la vida*, hubiera visto planteada la cuestión.

Como no maneja ni a Olariaga ni al *Dictamen de la Comisión del Patrón oro*, el galimatías en torno al papel de nuestro sistema bancario, es más que regular. Como no se ha enterado de que Flynn, en inglés, ha publicado un ar-tículo titulado *Acero británico y mineral español* se equivoca de medio a me-dio en el problema de nuestros minera-les, quedándose en las afirmaciones del mediocre folleto de Thery. Y si los problemas de las inversiones extran-jeras, del sistema fiscal, del bancario, de la organización de mercados oligo-polísticos, de la base natural de nues-tra economía, del comercio exterior no son comprendidos, ¿qué imperestruc-tura histórica se puede crear?

En conjunto, pues, nos encontramos con un libro confuso, parcial, lleno de

errores y erratas --supongo que tipográficas; y por eso no las consigno— que, sin embargo, recopila bastantes datos de interés. Por ello sólo interesa a los economistas a pesar de su sugestivo título, pues otras personas serían incapaces de valorar adecuadamente sus

aportaciones. De todos modos, es muy superior a todo lo que el marxismo español para comprender nuestra historia económica —pienso sobre todo en Ramos Oliveira— nos había ofrecido hasta la fecha.

JUAN VELARDE FUERTES

JACINTO ROS HOMBRABELLA; *Las Cajas Generales de Ahorro en la Economía Española*. Madrid, 1961.

La economía española es abundante en sectores respecto de los que existe una gran necesidad de más luz, de mejor conocimiento. Pero quizá en ninguno sea esta necesidad tan apremiante como en el sector monetario y financiero: en primer lugar, porque se trata de una parcela de la economía muy propicia a quedar envuelta en las nieblas del misterio; en segundo lugar, porque este sector ha sufrido tan fuertes distorsiones en los últimos lustros, que el primer requisito para cualquier tipo de diagnóstico o de actuación política consiste en saber dónde estamos en la actualidad. Sería preciso, por consiguiente, que se realizase una investigación profunda sobre las características y funcionamiento actuales de nuestro sistema monetario y crediticio, semejante a las llevadas a cabo con cierta periodicidad en otros países a instancias de los poderes públicos —que son los primeros interesados en tal tipo de investigación. Sin embargo, no se ha tomado iniciativa alguna en este sentido; y tampoco parece que las perspectivas sean favorables. Entretanto, habrán de ser bien acogidos cuantos estudios par-

ciales traten de estos temas, aunque nunca puedan sustituir al deseado informe general que nos ofreciera una visión conjunta, completa y sistemática del sector.

La Confederación Española de Cajas de Ahorro ha publicado el estudio de Jacinto Ros Hombravella, que obtuvo el premio del concurso de monografías, convocado por dicha institución en 1960, sobre el tema "Influencia en la economía nacional de la labor de las Cajas Generales de Ahorro, con especial examen de su cooperación al desarrollo económico y a la estabilidad monetaria". Sólo desearíamos que los Jurados de los concursos encontrasen siempre estudios de semejante nivel. El trabajo de Jacinto Ros encierra el triple mérito de ser oportuno en su intención, inteligente en su enfoque y de ser, además, una obra bien hecha. Las personas interesadas en las características de nuestro sistema monetario y crediticio agradecerán esta obra que lanza un rayo de luz sobre una parcela limitada, pero importante del sector.

La dificultad mayor de la obra se encuentra, como es lógico, en el he-

cho de referirse a una parcela limitada que es imposible desligar del panorama general del sistema. Jacinto Ros ha procurado superar el problema del mejor modo posible; sin embargo, creo que ha tendido a acotar su terreno con un criterio demasiado estrecho. Concretamente, creo que resulta imposible realizar un examen completo de las Cajas de Ahorro en la economía nacional sin plantearse el problema —mucho más amplio, por supuesto— de la estructuración del mercado de capitales en España. Y este es un tema que Jacinto Ros ha considerado que quedaba enteramente más allá de las lindes de su campo de estudio.

Desde que Jacinto Ros concluyera su obra, la situación de las Cajas de Ahorro como consecuencia de la excesivamente pesada obligación de absorción de fondos públicos que soportan, se ha agravado considerablemente; o mejor dicho: el simple paso del tiempo se ha encargado de poner de relieve las situaciones irracionales a que puede conducir el actual marco institucional. Durante largos periodos de 1961 y durante los primeros meses de 1962, las Cajas, en espera de las emisiones públicas que habían de absorber, han debido remansar un alto porcentaje de los fondos recogidos en saldos bancarios. Puesto que el impacto contractivo del sector público no hubiera hecho más que agravarse absorbiendo fondos adicionales mediante emisiones, dicho sector se ha abstenido durante los primeros meses de 1962 de efectuar nuevas emisiones. Aunque tal actitud resulte razonable en vista de las circunstancias monetarias generales, su impacto no ha podido ser más desfavorable para las Cajas, donde comienza a ser panorama habitual el que los fondos recogidos del

sistema se establezcan durante largos periodos en cuentas bancarias —aunque como los caminos del Señor son inexcrutables, tal remanso de fondos haya hecho posible a la Banca Privada atender la demanda de créditos del sector privado sin graves tensiones de liquidez a pesar de la presión contractiva del sector público. Difícilmente podría encontrarse un camino más eficaz para dañar a las Cajas de Ahorro —aunque tal daño no sea un resultado perseguido, sino todo lo contrario.

Pero este problema está naturalmente ligado a otro más profundo: la necesidad de reestructurar el mercado de capitales y de encontrar el papel idóneo de las Cajas en el mismo. Todos los graves problemas de las Cajas en la actualidad dependen de la decisión de mantener la financiación del sector público a través del mercado de capitales por cauces institucionales. Supuesta la firme decisión de conseguir un desarrollo sano de la economía española en un clima de estabilidad, parece que se acerca el momento de preguntarse abiertamente si conviene mantener la actual separación entre los mercados de capitales público y privado. Los tipos de interés a que se han emitido las Cédulas de Inversión indican que existe ya una preocupación en las esferas públicas en este sentido. Sin embargo, la revisión de las rentabilidades debería llegar mucho más lejos. No estoy seguro de si Jacinto Ros comparte este criterio. Sospecho que le preocupa demasiado el supuesto desaliento derivado para la inversión de unos tipos de interés altos. Si esta es su posición, me permito sugerir que en un país escaso de capital, como España, el mantenimiento de los tipos de interés a su nivel *natural* es condición necesaria para garantizar un

adecuado empleo del capital. Unos tipos de interés anormalmente bajos sólo pueden conducir a un falseamiento de los cálculos de rentabilidad de las inversiones y a una sustitución de otros factores por capital hasta un punto mucho más lejano del que aconseja la dotación física de factores del país. En todo caso, con una Banca Privada reacia a absorber fuertes porcentajes de las emisiones de fondos públicos no pignorables automáticamente, la revisión de las rentabilidades al alza se hará necesaria, y será el único camino para descargar de su excesiva y rígida obligación de absorción de títulos públicos a las Cajas de Ahorro. Jacinto Ros soslaya prudentemente el consiguiente problema de la revisión y liberación de los tipos de interés abonados por las instituciones crediticias en sus operaciones pasivas. Alabar su prudencia no es ignorar que se trata de un problema fundamental.

La parcial liberación de las Cajas de sus obligaciones respecto de los fondos públicos les daría posibilidades de jugar un papel más activo en la financiación a largo plazo del sector privado; y tales posibilidades vendrían en un momento particularmente oportuno, pues como dice el *Informe del Servicio de Estudios del Banco de España para 1961*, la Banca Privada, al comenzar a experimentar problemas de liquidez, ha comenzado paralelamente a ser menos "mixta" que antes. Creo que Jacinto Ros infravalúa el papel que debería corresponder a las Cajas en la financiación a largo de las empresas pequeñas y medias, así como la importancia de

dicha financiación en el panorama del desarrollo económico de España. Parece que el autor respalda la opinión de que la financiación de las empresas medias y pequeñas por las Cajas encuentra su primer fundamento en la promoción del ahorro encauzado por estas mismas (pág. 100) y en razones políticosociales y morales (pág. 101). (A pesar de esto, Jacinto Ros no parece creer demasiado en los efectos políticosociales de tal financiación, pues en la página 37 afirma que el objetivo de la distribución equitativa de la renta escapa a las posibilidades de actuación de las Cajas, al menos de una manera directa.) Pero lo que me parece importante subrayar es que la mejora de los cauces de financiación de la pequeña y mediana empresa se basa, en mi opinión, ante todo, en criterios económicos, y que así debería enfocarse una política decidida en este sentido, utilizando el magnífico instrumento que ofrecen las Cajas.

Por último, una "corrección de estilo". En la página 39, la redacción es tal que le lleva a uno a sospechar que el autor no considera el ahorro forzoso incluido en el ahorro *ex post* que figura en la Contabilidad Nacional —al que califica de "genuino" con evidente optimismo. Convendría una nueva redacción del párrafo en ulteriores ediciones: ediciones que auguramos si es que hay, en verdad, personas interesadas en obtener una visión clara de una importante parcela de nuestro sistema monetario y financiero.

Luis Angel ROJO

O. C. D. E.—"Espagne, 1962".—O. C. D. E. Paris, 1962.—45 págs.

Desde la adopción por la política económica española de las medidas llevadas a cabo en julio de 1959, las que se han denominado comúnmente Plan Nacional de Estabilización, la O. C. D. E. incorporó a los informes que anualmente realiza sobre cada uno de sus países miembros, el efectuado sobre la economía española.

Este informe ha llegado a adquirir una gran importancia en nuestra opinión pública y una consideración estimable en la política económica española. No faltan razones que abonen esta actitud: a quien conozca los informes de la O. C. D. E. sobre sus países miembros, le consta la seriedad con la cual este organismo analiza las diversas economías nacionales y el rigor con el que expone sus problemas de coyuntura en el año y la referencia de ésta a los problemas económicos de fondo. Por otra parte, la O. C. D. E. jugó un papel muy importante en la adopción de las medidas estabilizadoras en el caso español, que otorgó ya al primer Informe el carácter de diagnóstico sobre aquellas trascendentales medidas de política económica, y los estudios posteriores han venido a considerarse como el repaso anual sobre la marcha de la nueva ordenación que nuestra economía decidió emprender en julio de 1959.

El Informe publicado en mayo de 1962 ha llegado, además, en un momento crucial. Un momento en el cual la economía de España ha comenzado a desarrollarse en forma apreciable y notoria, abandonando el languideciente estado en el cual se sumieron los negocios y la actividad económica interna en 1960. 1962 se ha anunciado así como un año—casi diríamos como el gran año—del desarrollo económico de Espa-

ña y por ello resultaba especialmente interesante conocer la opinión de los expertos de la O. C. D. E. sobre los riesgos y venturas de esta esperanzadora etapa que ya estamos viviendo. Los técnicos de la O. C. D. E. han esquematizado clara y sucintamente los principales problemas que en 1962 pueden afectar a nuestra economía:

1.º El riesgo de una inflación de demanda derivada de la tensión del gasto en el sector público—dado el carácter expansivo del Presupuesto preventivo aprobado en diciembre de 1962 para el ejercicio en curso—y teniendo además en cuenta los proyectos privados de inversión en plena marcha ya para el ejercicio presente.

2.º El peligro de que a esta tensión de la demanda se una una inflación de costes que se hace sentir con universalidad, y no sería extraño que afectase a nuestra economía aún antes de entrar ésta en pleno funcionamiento (antes de lograrse la ocupación plena de los recursos productivos), con lo que el peligro de un gasto excesivo podría unirse a los de una rigidez del sistema productivo con notable perjuicio para la estabilidad económica.

3.º La necesidad de adoptar un plan interino de medidas de desarrollo que cubra el bache entre el momento presente y la definitiva elaboración del Plan de Desarrollo que habrá de tener en cuenta el Informe del Banco Mundial (entonces, mayo de 1962, cuando el informe se publicó, aún no entregado por el Banco Mundial a las autoridades españolas).

Ante estos tres riesgos próximos—y a la altura en que esto se escribe algunos de ellos presentes y realizados en la economía española—los técnicos

de la O. C. D. E. aconsejan algunas reformas:

1.º Desarrollar plenamente las medidas de control monetario que, anunciadas en la Ley de Ordenación de la Banca y el Crédito, aun no habían sido objeto del desarrollo preciso, y sin cuya ayuda las autoridades monetarias podrían encontrarse en una situación difícil cuando se tratase de regular el exceso en la creación de oferta monetaria. Este extremo continúa pendiente en el momento actual y quizás su precisión es mucho más aguda que en mayo de 1962.

2.º La necesidad de una política fiscal más flexible que evite concentraciones de gastos e ingresos estacionales y tienda a que el Sector Público pueda comportarse de forma más elástica según el estado de la vida económica, obrando contractiva o expansivamente en función de las necesidades de la coyuntura.

3.º La necesidad de crear un mercado monetario a corto plazo que vaya trazando una política de tipos de interés a los que se ajuste adecuadamente el Sector Público y que tenga en cuenta la escasez de ahorro existente en el mercado español.

Estas tres medidas parecen a los técnicos de la O. C. D. E. absolutamente indispensables para preparar la lucha contra una problemática (pero posible) inflación de demanda que evite saltos bruscos en la coyuntura económica que tanto pueden dañar al desarrollo económico a largo plazo.

Por otro lado, los peligros pueden provenir del alza de costes, mal omnipresente en todas las economías del mundo occidental y preocupación actual y destacada, tanto de la política económica, cuanto de los teóricos consagrados al estudio de la Economía. La asociación entre niveles de ocupación

crecientes y alzas de precios parece ser algo más que una correlación histórica que Phillips ha contrastado para Gran Bretaña o Samuelson y Solow para Estados Unidos. Se trata de una asociación empírica cuyas causas están por explicar, pero que indudablemente opera en cualquier economía nacional. El grado en que lo hace determina la desgracia o la mayor fortuna de una economía, ya que la compatibilidad entre los objetivos de pleno empleo y estabilidad es siempre deseable.

Puede afirmarse que—en primer lugar—evitar las tensiones alcistas de la demanda constituye el medio adecuado e indispensable para evitar la presión de los costes.

En segundo término está la necesidad de flexibilizar el sistema económico, y aquí la O. C. D. E. da también sus consejos para nuestra política económica:

1.º Abolir las principales restricciones cuantitativas a las importaciones privadas.

2.º Reducir las intervenciones y controles que se practiquen sobre la inversión (agrícola e industrial), la producción y la ocupación.

3.º Revisar la estructura del Arancel de 1960, procurando compatibilizar protección y desarrollo económico.

Es indudable que éste es un sector de reformas en el cual nuestra política económica ha detenido la enérgica marcha que parecía anunciarse en el Decreto Ley de Nueva Ordenación Económica de julio de 1959. No se crea que esta dificultad es solamente interna y propia. Es también dificultad paralela de otros países. Quien haya seguido el proceso de estabilización francesa comprobará cómo la aceptación del Informe de expertos, que presidido por Rueff inició una nueva política económica en Francia no se amplió a

la aprobación y rápida aplicación del Informe Rueff-Armand, que pretendía una mayor flexibilidad y liberación de la economía francesa, algunas de cuyas medidas permanecen todavía en el terreno del consejo sin traducción en la política positiva. Sin embargo, algunas de sus recomendaciones se aceptaron (la del Informe Rueff-Armand), constituyendo un potencial de desarrollo considerable, aunque difícilmente explicable *a priori* para quien no esté en el secreto del funcionamiento de un sistema económico. Nuestra política económica se ha detenido ante el terreno de las medidas destinadas a la flexibilidad del sistema económico y ha perdido algún tiempo que puede pagarse con la rigidez del sistema en momentos en los cuales éste camine hacia la plena utilización de los recursos, es decir, en los momentos presentes. La actual presión de los costes sobre los precios indica el porqué de las recomendaciones de los técnicos de la O. C. D. E. y plantea, un tanto dura y apremiantemente la necesidad de proceder a una rápida corrección en este sentido.

Finalmente, los técnicos de la O. C. D. E. se pronuncian por la precisión de elaborar un *plan interino*. Un plan provisional que cubra la larga gestación que ha de llevar sin duda el Plan de Desarrollo económico español y que permita no en un futuro lejano, sino en éste y sucesivos años, conseguir una mayor renta nacional. En este sentido, los técnicos de la O. C. D. E. recomiendan cuatro medidas:

1.^a Definir el cuadro de prioridades de la inversión pública.

2.^a Favorecer la modernización y desarrollo de la planta y equipo de la empresa española.

3.^a Adoptar una política arancelaria

que individualice los sectores dinámicos de nuestra economía.

4.^a Diseñar una política de expansión y diversificación de las exportaciones.

Esta propuesta es particularmente interesante y sin duda merecería el estudio y dedicación plena de la generosa provisión de los medios personales que el Comisariado del Plan ha recibido recientemente, máxime cuando hoy se dispone del Informe del Banco Mundial y la política recomendada por los técnicos de la O. C. D. E. no está en absoluto en contradicción con los consejos político-económicos que el Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo da a las Autoridades españolas.

Tales son las líneas principales del estudio 1962 de la O. C. D. E. sobre nuestra economía.

Como observación crítica de rango menor y probablemente fruto más bien del interés de los temas tratados, podría afirmarse que quizá hubiera sido deseable una particularización más detallada de las medidas precisas para tratar de cada uno de esos peligros a los que está abierta nuestra economía. El informe es breve, sucinto, casi telegráfico, en muchos puntos en los cuales el lector desearía más profundidad, más detalle y mayor análisis. Quizá estas exigencias escapen un tanto de la forma habitual en la que los Informes se realizan para todos los países de la Organización, pero probablemente el caso de España, país que ha cumplido ejemplarmente con los consejos que han emanado de la O. C. D. E., merecía, por el momento vital y crucial en el que se encuentra su actividad económica, de una consideración más detallada, de una profundización mayor en las interesantes líneas que el Informe ha abierto para aproximarse a los problemas básicos que España vive hoy.

Enrique FUENTES QUINTANA

PAUL EINZIG: *A dynamic theory of forward exchange*. Macmillan. Londres, 1961. 573 págs.

Los cinco últimos años han presenciado un renovado interés por el tema del mercado de cambios a futuros, tanto en el mundo académico como en la esfera de los responsables de la política monetaria en los países occidentales de mayor desarrollo económico. El tema, casi olvidado durante los largos años en que dominaron los controles de cambios, ha resucitado ante la presión de los acontecimientos: el ataque sufrido por la libra en 1957; las nuevas condiciones creadas por el retorno a la convertibilidad en Europa; las tensiones originadas por las expectativas de revaluación del deutchmark; y, en fin, los nubarrones formados en torno al futuro del dólar, agravados por un importante arbitraje de cambios a través del Atlántico, han puesto de relieve la importancia del mercado de futuros y han planteado el problema de hasta qué punto puede resultar conveniente una intervención en el mismo que refuerce los efectos exteriores de las medidas monetarias interiores o que permita adaptar éstas a las necesidades interiores, eliminando sus repercusiones no deseadas sobre los movimientos internacionales de capital a corto plazo.

La literatura disponible sobre el tema no es amplia ciertamente. Las referencias básicas son las conocidas discusiones de Keynes en el *Tract* y en el *Treatise* y la obra de Einzig, *The Theory of Forward Exchange*, publicada en 1937. Pero las condiciones de funcionamiento y el mecanismo del mercado de futuros, así como su contexto político-económico han variado tanto desde los años de la preguerra que las recientes aportaciones teóricas de Jasay, Tsiang, Spraos y otros, no

hacían sino poner de relieve la necesidad de que se realizase una revisión del estudio de Einzig, que ofrecía una visión panorámica referente ya a otra época. Y ha sido el propio Einzig quien ha acometido la tarea de revisión. El resultado es esta voluminosa obra de 573 páginas, que aspira a ofrecer un estudio exhaustivo del mecanismo y funcionamiento actuales del mercado de futuros y de la teoría, historia y política del cambio a futuros.

No compartimos la opinión de quienes sostienen que el mercado de futuros no introduce variaciones importantes en el mercado de cambios. Admitimos que dicho mercado juega un papel importante en los movimientos internacionales a corto y que puede provocar graves perturbaciones en los mecanismos monetarios de una economía, sobre todo si su moneda se utiliza ampliamente como reserva internacional. A pesar de esto, la presente obra de Einzig nos parece excesiva. Se trata de un tema que exige una rapidez mental y una familiaridad con la práctica del mercado que le dotan de una aureola de brillantez y de un extraño tinte mítico que bordea a veces el mundo del ocultismo. Ello puede llevar con facilidad a exagerar la importancia del tema. Y creemos que esto le ocurre a Einzig—quien considera, además, esta materia como “cosa propia”. La obra es prolija, abundante en repeticiones. Una buena sistemática hubiera permitido reducir a la mitad el número de páginas sin dañar la descripción de las operaciones y características del mercado y sin afectar a la teoría expuesta ni al examen y discusión de las políticas de intervención en el mercado. Especialmen-

te, la parte teórica (págs. 123-275) da la impresión de un enorme globo que hubiera podido quedar reducido a no más de 40 págs. sin detrimento de su contenido. El cuerpo teórico esencial quedó definitivamente elaborado por Keynes hace cuarenta años, y su "dinamización", aunque interesante, no es cosa que exija tanta extensión. También la historia del mercado de futuros y de las intervenciones de las autoridades políticas en el mismo, resulta extensa en exceso. En nuestra opinión, las partes mejor desarrolladas son la primera—dedicada a la descripción del funcionamiento del mercado y de sus operaciones en el momento actual— y la última—que contiene una buena discusión de la política de intervención en el mercado de futuros—. Con todo, la obra se lee bien, porque el tema

es muy interesante y ofrece una visión completa de los problemas planteados en los momentos actuales. El doctor Einzig da con frecuencia la impresión de que nos está enseñando su jardín privado de plantas exóticas; y esto produce, a veces, una cierta irritación. Pero lo cierto es que la obra, una vez aplicados los correspondientes tipos de descuento, continúa siendo útil. Toda persona interesada en los problemas monetarios nacionales e internacionales debería leerla.

El capítulo 39 ofrece una exposición sucinta y lúcida de la triste historia de nuestras "dobles", pesadilla lejana que hoy nos parece materia propicia para un sainete de la época.

Luis ANGEL ROJO

HEINZ STÖWE: *Econometría y Teoría Macroeconómica (la investigación económica estocástica como complemento necesario de la teoría)*. Ed. Aguilar, 1962, 210 págs. Traducido por L. A. Martín Merino de la publicación *Ökonometrie und Macroökonomische Theorie*", Gustav Fischer Verlag 1959, y revisado por Alfonso García Barbañcho.

Es la obra comentada una de las escasas publicaciones en que el título indica claramente cuál ha de ser su contenido. A través de las páginas de este libro, Stöwe no se muestra tan preocupado por los problemas que en sí tiene planteados la *Econometría*, como por probar la necesidad de un complemento econométrico para las abstractas elaboraciones de la Teoría Económica. En su obra no dirige y programa una lógica basada en las necesidades de exposición de las cuestiones econométricas, sino que se nota la hábil mano del

autor que, sin descuidar estas necesidades, aborda todos los problemas guiado por una preocupación fundamentalmente económica. Así, las fases por las que lógicamente ha de pasar la investigación econométrica—especificación del modelo, estimación de parámetros, verificación de hipótesis y predicción de resultados—son recogidas en un orden especial y con una atención no muy equitativamente distribuida.

Prácticamente, la construcción de modelos con vistas a su tratamiento econométrico se realiza a lo largo de toda

la obra, estudiándose problemas con esta fase relacionados, tales como los de identificación y agregación.

La estimación de parámetros se estudia brevemente, en forma autónoma, después de haberse tratado de la verificación de las hipótesis económicas, si bien en esta etapa se ha de acudir a estimaciones realizadas sobre los parámetros de algunos modelos especiales que Stöwe introduce y a los que más adelante nos referiremos. También en esta fase de verificación se puede considerar incluido todo aquello que está relacionado con la predicción de resultados.

La traducción, en algunos casos, no es muy fiel al original. Así, en la página 21 de la edición española, que corresponde a la 18 de la alemana, se separa en forma acusada de las ideas vertidas en su lengua natal por Stöwe; esta disociación ocurre por varios motivos.

En primer lugar, se cambia la notación empleada, convirtiéndose sumatorios y límites en esperanzas matemáticas.

En segundo término, se omiten dos notas del original que hacen referencia, una, a la indiferencia que respecto del problema tratado tiene el hecho de la igualdad o no de varianzas y otra, a la posibilidad de admitir la existencia de dependencia estocástica entre las perturbaciones aleatorias, sin alterar los resultados, como señala Cramer con referencia a la distribución logarítmico-normal.

Además, la idea expuesta por el autor no ha sido la recogida, ya que Stöwe trata únicamente de justificar la hipótesis de que las esperanzas matemáticas de las perturbaciones aleatorias individuales son nulas, basándose para ello en el crecimiento, hasta llegar al

límite, del número de individuos cuyas funciones de consumo se estudian.

Por último, señalaré que la idea que se establece en la traducción, aparte de no ceñirse al original, no es correcta, pues se confunde uno de los más elementales teoremas de la Estadística Matemática, tomando la necesidad de independencia de las variables para que se pueda establecer que el operador E, aplicado a un producto, es igual al producto de aplicarlo a cada uno de los factores, en lugar de la siempre válida proposición de que la esperanza matemática de una suma es idéntica a la suma de las esperanzas de cada uno de los términos.

Establecido lo anterior, pasaré ahora a exponer el contenido del libro, citándome en lo posible al orden de exposición marcado por el autor.

Stöwe cita primeramente los problemas que se plantean a la Teoría Económica y la necesidad con que se encuentra ésta de contrastar sus conclusiones con la realidad. Trata a continuación de los aspectos estocásticos del problema y de la agregación de magnitudes. Su estudio de estos temas es muy superficial, dando, sin embargo, un conocimiento de la existencia del problema con una claridad admirable y, al mismo tiempo, con una reiteración de ideas digna de la condición germánica del autor.

El tema de la agregación es tratado, según decía antes, con una brevedad tal, como la que se puede deducir de su extensión, cinco páginas y media, y su contenido, pues más de la mitad de este capítulo está dedicado a exponer un ejemplo: agregación a partir de una función estocástica microeconómica de consumo.

El capítulo IV lo dedica Stöwe a tratar del posible carácter estocástico de las relaciones macroeconómicas,

dándole igual extensión que a los capítulos precedentes. Establece las hipótesis frecuentemente admitidas para las perturbaciones aleatorias de media nula, varianza constante, independencia y distribución normal, pasándolas por el interesante tamiz de la discusión económica. Aplica a continuación los principios estadísticos establecidos a la función deducida en el capítulo precedente, es decir, a la función macroeconómica de consumo. Recordamos a este respecto la cuestión estadística criticada en párrafos anteriores de esta recensión.

El capítulo IV tiene una extensión un poco mayor que los anteriores, estudiándose en él tanto los sistemas interdependientes como los recursivos y siguiéndose el método ya indicado de alternar la explicación puramente económica con modelos particulares, que se van desarrollando sucesivamente según el problema de que se trate.

Al estudiar los sistemas interdependientes se plantea, claro está, el problema de la identificación, que desarrolla Stöwe, en el aspecto estadístico, siguiendo totalmente el trabajo efectuado por la Cowles Commission en sus *Monografías* números 10 y 14, que es, hoy día, el trabajo más completo realizado sobre los problemas económicos que plantea la construcción de modelos completos. Por otra parte, aborda el problema de una forma más intuitiva a partir de unos modelos concretos, recogiendo al final del capítulo una serie de opiniones sobre la mayor bondad de una u otra forma de tratar la cuestión.

Trata más adelante el autor de los modelos recursivos, es decir, de aquellos que sólo admiten relaciones unilaterales entre dos variables dentro de un mismo período, estableciendo a continuación las diferencias de trata-

miento con respecto a los sistemas interdependientes, así como los distintos problemas que plantean en relación con el método de estimación aplicado.

Hemos visto que Stöwe ha tratado ya en los cinco primeros capítulos —y sólo llevamos 45 páginas del libro— de problemas econométricos de la envergadura de los de *agregación e identificación*, aparte del necesario planteamiento, en este caso más acentuado, de relaciones entre Teoría Económica y Econometría.

Sin embargo, la desilusión sufrida por la gran rapidez con que hemos pasado por encima de los problemas anteriores, parece esfumarse al comprobar que el problema de la "Verificación de las hipótesis teórico-económicas y su importancia para la teoría macroeconómica" se estudia en el libro a través de más de 100 páginas.

Sin embargo, al problema teórico de la verificación le dedica Stöwe solamente algún párrafo al principio y al final del capítulo, en que lo único que establece es la importancia primaria de la verificación, como contrastación con la realidad de las abstractas elaboraciones de los economistas teóricos.

El resto del capítulo está dedicado a la exposición exhaustiva del proceso de verificación efectuado sobre los siguientes modelos:

- A) Acelerador de Hicks.
- B) Función macroeconómica de consumo.
- C) Función de inversión: Kalecki, Klein y Darling.

La verificación de estos modelos se hacen con el fin último de contrastar el principio de aceleración y el principio del beneficio como principios rectores del ciclo.

A este respecto las conclusiones del capítulo son, por una parte, "... la demostración de que la hipótesis del ace-

lerador no se contradice con los datos disponibles", y por otra, que "hay que considerar, junto con la hipótesis del acelerador, también los beneficios como una importante variable (retardada) explicativa de la función de inversión".

Esta parte del libro es verdaderamente interesante, pero cambia de plano el matiz del libro. No es un simple ejemplo en el desarrollo de las ideas de Stöwe acerca de relaciones entre Econometría y Teoría Económica; es algo más: es el estudio a fondo de una discusión de Teoría Económica abordada con el fértil método econométrico. Esta discusión se convierte prácticamente en el capítulo más importante de todo el libro, que podemos decir está edificado sobre los estudios realizados por el autor con respecto a la aplicación de estos modelos a la economía alemana.

Este hecho que señalo no creo quite ningún mérito al libro, sino que, en todo caso, acentúa el valor de éste dada la magistral forma con que está expuesto y la amplitud de los métodos estadísticos manejados en él.

El capítulo siguiente se dedica en esta obra a la *Estimación* de los parámetros estructurales y su importancia para la teoría macroeconómica; yo diría que prácticamente sólo a la importancia para la teoría macroeconómica, pues desde el principio nos ceñimos a un ejemplo extraído del libro de E. Schneider y más tarde al estudio de la propensión marginal al consumo, rompiendo de paso Stöwe una lanza a favor de la necesidad de mejorar el material estadístico básico, necesidad mucho más imperiosa al "traducir" la frase al caso español.

Los tres últimos capítulos los dedica al estudio del sistema de Leontief, pro-

gramación lineal y teoría de juegos, estableciendo sus muchos aspectos comunes y dando algunas normas de reforma necesarias para su aplicación como instrumentos econométricos de investigación. Este último aspecto señalado puede que sea para el lector el único verdaderamente interesante, pues la exposición sucinta que hace de la teoría de estos tres instrumentos de investigación la tendrá seguramente el lector más completa en cualquiera de las muchas publicaciones que han versado sobre alguno de estos aspectos en particular.

La bibliografía que nos señala el autor es muy extensa —pudiera ser que demasiado— citando cerca de 150 autores y, al menos, el doble de publicaciones. El acento está cargado sobre las publicaciones inglesas y alemanas, desconociéndose prácticamente las correspondientes a los demás países.

Resumiendo: mi impresión sobre este libro es que es muy interesante, pero para un grupo muy especial de personas. Da un enfoque preponderantemente económico a todos los problemas tratados que considero necesario, mucho más si se tiene en cuenta que normalmente los enfoques son más acentuadamente estadísticos.

Los modelos teóricos que estudia son muy interesantes. El libro es muy claro.

Desde luego no se puede pensar que alguien que no sepa Econometría la aprenda aquí, pues lo poco que de los fundamentos de esta ciencia está expuesto en esta obra, se pierde entre el casuismo de los ejemplos.

Obra interesante, clara, práctica, tratada con criterio económico, pero también parcial.

Antonio PULIDO SAN ROMAN

Principles in Practice. A series of Bow Group Essays for the 1960's, por LEONARD BEATON, ALEC CAMPBELL, DAVID FAIRBAIRN, GEOFFREY HOWE, GODFREY HODGSON, DAVID HOWELL, JAMES LEMKIN, RUSSELL LEWIS y TIMOTHY RAISON. The Conservative Political Centre.—London, 1961.—140 págs.

El "Bow Group", del que forman parte los autores del libro que comentamos, se constituyó en 1951 con elementos procedentes de las Asociaciones Conservadoras de varias universidades británicas, y tiene por finalidad principal realizar trabajos de investigación sobre problemas de interés nacional. En el curso de su existencia ha conseguido una sólida reputación por la independencia de sus puntos de vista, que han ejercido una considerable influencia dentro de su partido.

La dedicación profesional de los autores es varia: periodistas, profesores, abogados, funcionarios, empresarios. Pero tienen en común que todos estudiaron en Oxford o Cambridge; y de los nueve, cuatro de ellos pasaron antes por Eton o Winchester. Así que, desde el punto de vista de su educación, puede decirse que forman parte del Establishment, ese grupo social de contornos no siempre precisos, al que con frecuencia se considera como representativo de las clases dirigentes británicas.

Los temas de los ensayos son: el pensamiento conservador en la actualidad; los problemas de una economía en desarrollo; la enseñanza; la defensa nacional; reforma de los servicios sociales; la política exterior; el ocio en una sociedad post-industrial; la ayuda a los países subdesarrollados; la Commonwealth, y la continuidad del conservadurismo.

Los problemas son tratados, como es lógico, desde un punto de vista conservador, en el que no falta, sin embargo, un sentido de autocritica, indispensable, por otra parte, para que su

enfoque sea constructivo, si tenemos en cuenta los largos años de permanencia en el poder del partido. Aunque el valor de los ensayos varía bastante, creemos que su nivel medio honoraría a cualquier partido político. En su conjunto pueden considerarse como representativos de la existencia de esas minorías, que desde hace mucho tiempo constituyen uno de los principales activos de las clases dirigentes británicas, y en las que, tanto un generoso altruismo como un egoísta, pero inteligente sentido de la realidad, se hallan representados.

Como puede verse por el tema de los ensayos, los problemas de que se ocupan son, en parte, comunes —la extensión de la enseñanza, el ocio, los servicios sociales, la ayuda a los países subdesarrollados— a los países occidentales altamente industrializados; podríamos decir que con caracteres bastante semejantes se presentan o empiezan a plantearse en aquellas sociedades cuya renta por habitante se aproxima o es superior a los 1.000 dólares año. En tanto que los restantes ensayos responden a preocupaciones claramente individualizadas o como en el caso de la Commonwealth, típicamente británicas.

Todos los temas tocan, en mayor o menor grado, el campo de lo económico, pero en el segundo ensayo, que se refiere a los problemas de una economía en desarrollo (Expandig prosperity—Conservatism in a growing economy) y del que es autor David Howell, lo económico es lo esencial, y por ello nos ocuparemos de él principalmente. También es muy importante, como es lógico, el contenido económico,

en el que trata de la ayuda a los países subdesarrollados, pero en éste las consideraciones estrictamente políticas —en la medida en que es posible separar la política a secas de la política económica— pesan más que en aquél.

En casi todos los ensayos encontramos un factor común: la afirmación de que el éxito y la fuerza del partido conservador se deben en buena parte a la flexibilidad de sus principios —en algún caso casi se llega a decir que a su falta de principios— y a su sentido de la realidad frente al dogmatismo que, en bastantes ocasiones, ha constituido un lastre para sus rivales. Creemos que el incisivo análisis de Alec Campbell en su ensayo —a nuestro juicio uno de los mejores del libro— sobre la política exterior, es una buena muestra del realismo conservador.

Lógicamente las doce páginas del ensayo de David Howell no permiten un estudio profundo de los problemas de la economía británica ligados a su desarrollo, pero sí subrayan algunos extremos que con frecuencia no son objeto de suficiente atención.

Señala Howell cómo la prosperidad ha traído consigo una serie de necesidades —más y mejores carreteras, mayores inversiones en urbanismo, investigación científica, campañas para evitar el crimen, etc.—, cuya satisfacción es de carácter colectivo. Pero esa misma prosperidad deja, en parte, sin justificación si se han de respetar los gustos y voluntad de los “consumidores”, la satisfacción colectiva de otras necesidades —elección del tipo de educación, pensiones, actividades recreativas— hasta ahora a cargo del Estado, y que podrían pasar a depender de la decisión y cuidado de los propios interesados. Aunque Howell admite que es muy improbable la disminución del gasto público, cree que más bien que en el

aumento de éste el problema está en una mejor distribución del mismo.

Hace referencia a las empresas nacionalizadas y cree que en bastantes casos —energía, transportes— la demanda de sus productos ha aumentado exageradamente como consecuencia de sus precios artificialmente bajos, que implican un subsidio a los consumidores. Señala la conveniencia de establecer una clara distinción en dichas industrias, entre las que son rentables y susceptibles de una explotación y financiación como tales, y aquellas otras que deben ser consideradas como verdaderos servicios públicos, en las que será preciso admitir déficit contables si han de funcionar con eficacia.

No critica el volumen de los impuestos, sino su distribución y eficacia, y señala los inconvenientes que presenta el sistema vigente, que en la práctica discrimina en favor de los “managers” de la industria y el comercio a través de sus “rentas” de representación —automóvil, comidas de negocios, etc.—, no sujetas a tributos y en contra de los funcionarios y profesiones liberales.

A pesar de sus quejas no cree que las empresas hayan sido objeto de una fiscalidad excesiva, y apunta como prueba de ello la gran importancia de la autofinanciación, que puede haber sido perjudicial al detraer del mercado de capitales recursos que podrían haber sido asignados a fines más productivos.

Lamenta la falta de criterios de inversión adecuados en el sector público, lo que ha dado lugar a una asignación de recursos poco acertada, con una impropiciosa expansión de algunos servicios públicos, tales como la producción de energía eléctrica antes estudiada. Señalaremos por nuestra parte que este fallo de los políticos es, en cierto modo, disculpable si tenemos en cuenta la poca atención que hasta época muy re-

ciente han concedido los teóricos de la Economía al estudio de los criterios de inversión. Como comprobación de esta observación bastará echar una ojeada a los manuales de la Hacienda Pública al uso y veremos cómo concentran sus esfuerzos en el tratamiento del impuesto, en tanto que descuiden o casi ignoren los problemas relativos a la mayor eficacia del gasto público.

Hace también referencia Howell a los inconvenientes que se derivan de la falta de planes de inversión del sector público que se extiendan a varios años al dificultar una paralela planificación de su equipo productivo por parte de las empresas que han de ejecutar el plan, lo que da lugar en algunos casos a derroche de recursos y exceso de capacidad.

Considera que el escaso espíritu de colaboración en las relaciones entre sindicatos y empresarios, aunque exagerado algunas veces por observadores extranjeros, es otro de los obstáculos que se oponen a una más rápida expansión económica. Y estima que ambos sectores habrán de tratar de llegar a un mejor entendimiento, a fin de que sus respectivos esfuerzos para obtener mayores beneficios y ventajas no se anulen entre sí.

La opinión de Howell es, en principio, favorable a la entrada de Inglaterra

en el Mercado Común; cree que la mayor ventaja que de ella se derivaría sería el acicate que para la industria británica habría de suponer la mayor competencia originada por la baja de los aranceles. Es irónico, dice, que la Europa que los franceses están tratando de crear es precisamente la clase de Europa que les gusta a los ingleses. Pero los franceses exigen un precio muy alto por permitirles la entrada, y es dudoso que los ingleses puedan pagarle.

Algunos de los puntos que acabamos de señalar no constituyen, ciertamente, una gran novedad; otros, en cambio, apuntan en direcciones hasta ahora poco frecuentadas en los programas de política económica.

En su conjunto, estimamos que el libro es interesante, y su lectura —salvando las diferencias estructurales— creemos que podría sugerir numerosas ideas a cualquier estudiante de Ciencia Política, al que se le encomendase como ejercicio la elaboración de un programa electoral. Las próximas elecciones generales nos dirán si las ideas del "Bow Group" han sido adoptadas por el estado mayor del partido conservador y, en su caso, si han sido a su vez aceptadas por la mayoría del electorado británico.

José MIRA RODRIGUEZ

EL INSTITUTO DE ESTUDIOS POLITICOS

ACABA DE PUBLICAR

EXPERIENCIAS POLITICAS DEL MUNDO ACTUAL

Un tomo de la Colección "Biblioteca de Cuestiones Actuales", en el que se contienen las Conferencias pronunciadas en un ciclo organizado por el Instituto de Estudios Políticos.



Un grupo de destacadas personalidades, conocedoras de la Ciencia Política y de la política práctica, pasan revista a los principales problemas que pesan sobre nuestro mundo.

Precio: 175 ptas.

EL INSTITUTO DE ESTUDIOS POLITICOS publica periódicamente

Revista de Estudios Políticos (bimestral), *Revista de Política Internacional* (bimestral), *Revista de Administración Pública* (cuatrimestral), *Revista de Política Social* (trimestral), *Revista de Economía Política* (cuatrimestral).

La enorme amplitud de la difusión de estas cinco Revistas las convierte en vehículo inestimable de la más eficaz propaganda.

Las tarifas de publicidad actualmente vigentes son las siguientes:

Interior cubierta posterior	3.000 ptas.
Una plana corriente	2.400 "
1/2 plana corriente	1.500 "
1/3 plana corriente	1.000 "
1/4 plana corriente	700 "

Para información, dirigirse al INSTITUTO DE ESTUDIOS POLITICOS, Departamento de Ediciones y Distribución, Plaza de la Marina Española, 8, Madrid - 13.



70 pesetas